

al guerrero que sólo representaba su desobediencia y su audacia. El ánimo se consuela de las desgracias pasadas, y se fortalece con la esperanza de los bienes futuros, al ver como los poderes legales reemplazan á una en toda América á los poderes violentos. Los que hemos anunciado esta trasformacion, los que la hemos previsto, sentimos satisfaccion inmensa al verla realizada. La presentámos en nuestro corazon y la esperámos por los cálculos de nuestra política. El Nuevo Mundo ha venido á la vida para realizar en toda su pureza la democracia moderna. Los problemas que aquí se plantean y se resuelven con gran dificultad, allí encuentran luminosas y rápidas soluciones. La amovilidad del poder y su responsabilidad, la separacion entre la Iglesia y el Estado, la enseñanza láica, la federacion de los pueblos han hallado en el nuevo continente sólidas bases para erigirse con verdadero vigor y verdadera estabilidad. El Asia es la tierra de lo pasado; Europa es la tierra de lo presente; América es la tierra de lo porvenir. El nuevo continente está llamado á unir el individuo con la sociedad, la

autoridad con la libertad, el orden más perfecto de la vida pública con el establecimiento más seguro de la democracia moderna, el progreso y el movimiento en las ideas, con la estabilidad y la solidez en el gobierno de los pueblos. Esa es la gran ventaja de haber venido á la vida sin nuestra larga historia, sin nuestras viejas instituciones, sin el feudalismo que nos condenó á la tutela de las aristocracias, sin la monarquía que erigió en nuestro suelo sobre la humillacion de todos, el privilegio de algunos, el incomprensible privilegio de esas castas asiáticas, sacerdotes hereditarios de la autoridad, que se llaman dinastías. Conserve y perfeccione América esta obra ¡ella! que no encuentra en el camino del progreso las espinas que nosotros nos clavamos tristemente á cada paso. Su gloria lo exige, y la honra del género humano. Para compensarla de sus largos trabajos y de sus continuos sacrificios, les queda una satisfaccion inmensa, la de haber fundado y establecido en el mundo moderno los dos principios esenciales á la vida; la democracia; y el organismo de esta vida, la República.

## CAPÍTULO II.

### DE LA EDUCACION REPUBLICANA EN EUROPA.

A no dudarlo, si Europa es el continente de la monarquía, su educacion la inicia en la República. Y esta educacion democrática no es obra liviana y quebradiza sino ciclopea, obra de todo un siglo, del siglo XVIII. Si cada una de estas divisiones del tiempo, llamadas siglos, se presentara ante la conciencia humana para oír un juicio final, como el anunciado por las religiones á los hombres, el siglo que escribió los derechos fundamentales humanos en uno y otro continente; el siglo que fundó la República en América y arrojó la revolucion sobre Europa; el siglo que extinguió las hogueras y destrozó los tormentos; el siglo, que trajo con el viaje de Franklin el espíritu democrático del Nuevo Mundo á nuestro viejo espíritu y llevó allá nuestro sentimiento caballeresco en la cruzada de Lafayette, cruzada que buscaba no el sepulcro vacío de un Dios, sino la causa de la libertad de los hombres; no la tierra estéril de lo pasado, sino la tierra fecundísima de lo porvenir; este gran siglo, hacedor de tantas maravillas, puede exclamar ante el tribunal de la historia:

si no forjé el arte moderno como el siglo XV con el Renacimiento; si no forjé la conciencia moderna como el siglo XVI con la Reforma; si no forjé la razon moderna como el siglo XVII con la filosofía, hice más que todo esto; llevé los progresos de tres siglos al derecho; soy, pues, el siglo creador de la nueva sociedad; el siglo que ha encarnado en el espacio la suma total de las ideas, y ha traído á los hombres en una serie de reformas realizadas ó preparadas la plenitud de la vida.

Imposible sería conocer los precedentes de la revolucion sin conocer el siglo que ha producido su idea generadora, su idea madre. Así como la atmósfera envuelve y vivifica nuestro organismo, la idea envuelve y vivifica nuestro espíritu. Y el siglo XVIII no es grande por las ideas que originariamente produjera, sino por la fuerza, por la virtud con que difundió estas ideas en las conciencias. Hay alguna analogía entre el movimiento religioso, que inició nuestra civilizacion, el movimiento cristiano en su siglo primero, y el movimiento filosófico que la remata y perfecciona en su

siglo último, en el siglo XVIII. La primitiva teología tiene pocas ideas originales. En su seno van á desaguar tres grandes rios de luminosos pensamientos; uno que fluye de Atenas, otro que fluye de Alejandría y otro que fluye de Jerusalem. Pero el cristianismo se reservará siempre la honra inmaculada de haber moralmente redimido al género humano, porque arrancó las ideas de la escuela y las arrojó á la plaza, porque las encarnó en sus apólogos y se las dió en comunión santísima á los pobres, á los humildes; porque reveló el sentido humanitario, el sentido social de sistemas abstractos, que vagaban por los espacios de la mente, y que, merced á la inspiración cristiana, se convirtieron pronto en levadura de nueva vida social, y suscitaron los redentores, los apóstoles, los mártires destinados á transformar el mundo.

La historia de los hechos es un eco de la historia de las ideas. El siglo XVIII elevó la conciencia sobre todas las preocupaciones, sobre todos los intereses de secta. Despues de haber elevado á esas grandes alturas la conciencia humana rectificó el sentido común quitándole aquella idea del milagro, que le obligaba á tener el falso concepto de que la naturaleza y la historia se rigen por la arbitrariedad y no por la ley. Juntó seguidamente los hombres en solidaridad superior á la solidaridad cristiana; porque en todos ellos reconocía, fuese cualquiera su religion, su doctrina, su raza, su nacionalidad, el carácter fundamental humano. La justicia fué sustituida en la moral y en el derecho á la gracia arbitraria. La economía política, uniendo las dos ideas de lo útil y de lo justo, anunció que la guerra sería cambiada con el tiempo y por la cultura general en comercio, múltiple trabajo de recíproca ilustración y de universales ganancias. Al sentimiento de la irremediable decadencia del género humano, sucedió el sentimiento del progreso. Ya no recordaron los hombres un paraíso perdido á sus espaldas y por sus culpas en lo pasado, sino que

creyeron encerrado el paraíso en lo porvenir, brotando de los dobles y gigantescos esfuerzos del pensamiento y del trabajo. Conoció el hombre que así como necesita de todo el universo para su vida, necesita de toda la historia para su educación progresiva. Cada individuo, que se elevaba á la contemplación de la ciencia, sintió en su corazón y en su mente agolparse las ideas de toda la humanidad. Los ídolos cayeron sin esfuerzo, no con aquella tristeza con que el mundo antiguo se despedía del paganismo agonizante, sino entre los epigramas de una aguda sátira, que fortalecía él mismo, seguro de no perecer bajo los escombros de las antiguas creencias, seguro de renovarse en nuevas y más progresivas ideas. Las madres fueron llamadas por una voz elocuentísima á no desmentir ni olvidar la Naturaleza; fueron llamadas á la educación y lactancia de sus pequeñuelos, robustecidos como cumple á los Hércules que debían limpiar la sociedad de monstruos. La poesía levantó la Naturaleza, ántes menospreciada, á ser tan divina como el espíritu. El cielo con sus astros, el mar con sus infinitos seres, el planeta con su rica vida, formaron como una gran sinfonía ó como una epopeya viviente. El hombre no se reconciliaba solamente con el hombre; reconciliábase también con la Naturaleza. Voltaire y Swif llevaban á esta obra humana la ironía inmortal que acabó con tantos ídolos; Rousseau, el antiguo ideal republicano y calvinista de Ginebra, dulcificado por una grande elocuencia; Montesquieu, el espíritu histórico y jurídico de la libertad inglesa; Franklin la electricidad revolucionaria, la agitación democrática que sentía la jóven América en el momento de dar á luz su nueva organización social; Kant, Lessing, Heerder, la conciencia y la razón germánica; Pombal, Campomanes, Aranda, el sentido práctico de la inquieta raza ibera; Alfieri, la forma severísima, el clásico relieve, las inspiraciones trágicas de la eterna musa de la historia moderna de Italia; y con todas estas corrientes de ideas, sin

que sus mismos autores lo supiesen, formábase en el cerebro del género humano una nueva alma fortalecida con un nuevo derecho.

Merced á esta educación prodigiosa, concluyó el absolutismo en la conciencia mucho ántes de que concluyera el absolutismo en el espacio.

¡Y qué transformación del espíritu humano!

Para ver á qué extremos conducía el absolutismo, no hay sino mirar el estado de Francia y España al estallar la revolución; Francia y España, las dos naciones que rigieron á Europa en los siglos XVI y XVII. España fué, durante el primero de estos siglos, nación de predominio europeo por Carlos V y Felipe II; porque poseía un imperio como nunca lo tuvieron ni Ciro, ni Alejandro, ni César, ni Carlo Magno. Francia lo fué también durante el brillantísimo período de la juventud de Luis XIV.—¿Y á qué estado vinieran poco ántes de sus respectivas revoluciones ambos pueblos?

Miremos primero Francia. La corte de Luis XV se revolcaba en la prostitución, y sólo creía placer el vicio. Los nobles esgrimían sobre sus tierras abandonadas el sudor del pueblo para obtener rentas que despilfarrar en París y en Versalles. Nueve millones de hectáreas yacían sin cultivo, y el desierto con sus desolaciones devoraba el territorio nacional. Las viviendas de los campesinos competían con las chozas de los salvajes. Rodeadas de inmundicias entraba la luz y el aire del cielo por una sola rendija como en las madrigueras de las alimañas selváticas. Vestían una borra incapaz de preservar del frío y del calor sus cuerpos; comían una pobre sopa de negro pan aderezada con tocino. La administración no podía ocurrir al remedio de estos males. Eran los cargos concejiles vendidos y vinculados en familias ricas, que los convertían necesariamente en manantial de lucro para sí, de miseria para los inferiores. Mientras tanto, clero, aristocracia, reyes, dábanse á todas las combina-

ciones del agio, por más fantásticas é increíbles que fueran, como la empresa de Law. El trabajo no se consideraba derecho inherente á la vida, sino merced graciosamente dispensada por el rey. Los gremios caían desde el trono sobre toda expansión de la actividad individual. Vendíanse los títulos de maestros como los cargos del municipio. Las máquinas estaban bajo el peso de anti-gua reglamentación, y los inventos bajo el veto de antiguos privilegios. Poco más de sesenta mil trabajadores tejían lana para los innumerables pobres, mientras catorce mil trenzaban blondas para los escasos nobles. Novecientos millones de francos producía la industria de toda la nación, tanto como hoy produce la industria de una sola provincia. La servidumbre engendraba su prole inextinguible: la miseria y la ignorancia.

El malestar social no era en España tan grande ni tan por extremo intenso como en Francia. Pero en cambio había el pensamiento del siglo atravesado mucho menos por nuestra inteligencia. Feijóo, que combatió grandes preocupaciones, jamás podrá ser colocado á la altura de Voltaire, ni el movimiento regalista de nuestros juriseconsultos á la altura de la Enciclopedia. La iniciativa intelectual de los siglos XV y XVI había pertenecido á España é Italia; la iniciativa intelectual de los siglos XVII y XVIII, pertenecía de derecho á Inglaterra, Alemania y Francia. El clero, aunque la amortización comenzaba á ser combatida, poseía riquezas inmensas é inmenso poder. El arzobispo de Toledo recibía más rentas que el rey de Portugal. Existían los señoríos jurisdiccionales, y trabajaba el pobre sólo para el rico. Así la situación económica era horrible, á pesar de nuestros tesoros de América. A ochocientos veinte millones de reales subía nuestro déficit, y á cuatro mil ciento ochocientos millones de reales nuestra deuda. Las clases que cobraban del Erario llevaban setecientos millones de atrasos. Y el despilfarro crecía, sin embargo, hasta el ex-